

EL TERCER PUEBLO

Por ENRIQUE MIRET MAGDALENA

LA Pontificia Universidad Lateranense de Roma es conocida por su oposición sistemática a los avances que hoy se producen en la Iglesia. Antes del Concilio llevó a cabo una triste batalla contra el Instituto Bíblico Pontificio, que, gracias a la venida del diplomático y abierto —moderadamente abierto— Montini, pudo ser apaciguada.

En la batalla cayeron algunas de las mejores cabezas pensantes del catolicismo —como el Padre Lyonnet, S. J., uno de los mejores biblistas—, que ahora han vuelto a sus puestos totalmente rehabilitados.

Pero el **integrismo** religioso no cesa. La última víctima ha sido el profesor del Lateranense, Padre Aniceto Molinaro, denunciado por un grupo de alumnos a sus superiores, a causa de sus ideas avanzadas (porque también entre los jóvenes de edad los hay conservadores; la apertura es cuestión de edad mental y no física). Sin embargo —como afirmo continuamente— estos embates del conservadurismo representan —en el ánimo de la gente— muy poco. Tan poco, que este centro intelectual anti-progresivo ha tenido que volver a admitirle como profesor. El cardenal Traglia, vicario de Roma y canciller de la Universidad, le ha repuesto en su cargo.

Mas, ¿qué importa a la gente de todo esto? Hoy, la mayoría de los católicos —pertenecientes a esa tercera raza del hombre nuevo que está surgiendo— se desentendían de ello; ya no se preocupan por estas —u otras— determinaciones disciplinarias. Su estado de ánimo supera tales posturas, porque están tan distantes de sus vivencias, que les parecen de otro tiempo ya muerto.

HACE sesenta años, un especialista en historia del primitivo cristianismo —el profesor Adolfo Harnack— descubrió algo muy importante, que sólo el Padre Roustang, S. J., ha sabido valorar recientemente. Hacía el año 200 d. C. los paganos llamaban a los cristianos «la tercera raza»; y, pocos años después —en 242—, los propios católicos decían de sí mismos: «somos la tercera raza» (Tratado de Pascha Computus).

«Los griegos, los romanos y todas las otras naciones eran la primera raza... Los judíos constituían la segunda raza» (A. Harnack, Misión y expansión del cristianismo).

Pero lo extraño —para aquellos paganos— es que no sabían cómo clasificar a los cristianos. Su culto religioso no era ni la profusión mitológica de la religión greco-romana, sin relación con la vida personal; ni tampoco el tipo de religión de los judíos, con su exclusivismo de grupo. Los cristianos no tenían especiales lugares de culto, ni se separaban de las costumbres usuales, ni tenían escuelas propias, ni practicaban una serie de leyes religiosas específicas: vivían como cualquier otro hombre de la época, sin diferenciarse de ellos por su religión, ya que ésta no les separaba de los demás. «Eran una raza que se distinguía por su desprecio de las divinidades populares» (Plinio, Historia Natural).

Eran como ellos —como los paganos— en sus vidas exteriores, en su afán por desarrollarlo todo (novedad, cultura o pensamiento). Pero no sabían por qué, notaban en el cristiano algo que daba nuevo y más profundo significado a lo mismo que ellos hacían. Por eso tampoco podían ser tenidos como los de la **segunda raza** —los judíos—, porque éstos se separaban de la vida corriente que el paganismo hacía. E inventaron —no los cristianos, sino los paganos— esta nueva clasificación, la de la tercera raza o tercer pueblo, porque no sabían dónde colocarlos, ya que —hasta entonces— sólo había dos grupos para encuadrar a los hombres religiosos: los que como, el pagano, vivían su propia vida y los que —como el judío o el hindú— eran deudores de una norma exterior. Pero los cristianos ni eran lo uno ni lo otro: vivían la propia vida a fondo —y por eso no se diferenciaban del pagano—; y sin embargo, sin tener una regla externa, obedecían a un sentido nuevo de la vida sin leyes exteriores separadoras del mundo. Hoy es lo mismo: el católico vuelve a ser el hombre nuevo de este tercer pueblo, que no se separa de los demás, sino que hace comprenderlos mejor y vivir a fondo con ellos.

DOS descripciones hay, casi iguales, de lo que eran aquellos cristianos; la una se puede leer en la carta a Diogneto (siglo III), y la otra la hace el rígido moralista Tertuliano en aquella misma época. «Los cristianos —dice el primer documento— no se distinguen de los demás hombres ni por su tierra ni por su lengua ni por sus costumbres». No pretendían entonces

tener unos Estados Pontificios, ni unas propiedades eclesiásticas con el privilegio de estar exentas de la autoridad civil. Tampoco entraba en su cuenta el usar una lengua propia, como todavía se quiere hacer por algunos con el latín (en la liturgia, o en la enseñanza teológica). Ni adoptaban costumbres distintas de los demás (en ayunos, diversiones o profesión). Tertuliano dice que «no vivían apartados del mundo: asistían, como los demás, al foro, a los baños, a las oficinas, a las tiendas, a los mercados, a las plazas públicas». Nada externo los distinguía de los hombres de su tiempo: no llevaban banderas, insignias ni estandartes; no creaban clubs deportivos, o culturales, para ellos solos. Y ni siquiera hacían remilgos en asistir a los baños públicos —donde la pudibundez de los puritanos quedaría mal parada—, como hemos hecho nosotros, hasta hace poco, con las playas, pidiendo incluso la separación de sexos o el centímetro más en el traje femenino o masculino.

No entorpecían la marcha del mundo ni tenían reticencia alguna ante sus cosas y sus avances. No pretendían crear una filosofía cristiana, distinta de la filosofía de los hombres de aquella época.

Y, sin embargo, eran distintos de los demás; aunque «los mismos que los aborrecen no saben decir el motivo de su odio» (carta a Diogneto).

Es que siendo iguales a todos en todo, daban un nuevo sentido a la vida. Superaban el egoísmo pagano, queriendo centrar sus vidas en el amor a los demás: no en un amor piadoso y almirado, sino en tener una preocupación —sin los medios técnicos que hoy contamos— porque todo lo existente sirviese de base de desarrollo y perfección a los hombres, y estuviese al servicio de las necesidades de los que entonces vivían. «Para decirlo brevemente: lo que es el alma en el cuerpo, eso son los cristianos en el mundo», (carta a Diogneto). No es algo que se ve, o que cambie la estructura normal del mundo; es algo que la perfecciona, desde dentro, sin presuntuosidad ni paternalismos del que se cree en la posesión definitiva de la verdad. De ahí que los cristianos «obedecen a las leyes establecidas —se entiende, las que son justas—; pero con su vida sobrepasan las leyes». Se acoplaban ciertamente a las pretensiones justas de cualquier hombre bienintencionado, colaborando con él sin temores; pero no querían otras estructuras para la sociedad que las que un no-creyente pretendía. Aunque vivificadas —eso sí— con el impulso interno de amor hacia los que sufren la injusticia; y por eso saltaban cualquier barrera egoísta, volviéndose conformistas sólo con lo justo, e inconformistas con todo lo injusto, y no podían llegar a ser adoradores de cualquier orden injusto establecido. Las grandes diatribas de S. Basilio o S. Ambrosio contra la propiedad privada entonces existente, es buen ejemplo de ello; como lo fue el inconformismo de S. Juan Crisóstomo con la poderosa emperatriz Eudoxia, o de S. Atanasio con los complacientes obispos de aquellos tiempos.

Al final de este panorama tenemos que reconocer una extraña paradoja que se expresa en aquella carta de hace diecisiete siglos: «los cristianos son conocidos como quienes viven en el mundo; pero su religión sigue siendo invisible». Porque es una religión distinta de todas las otras: es una religión del corazón abierto a los otros, y no de «ghetto» puritano, que quiere concentrarse en el privilegio del grupo.

Y el tercer hombre —del que hemos hablado en el artículo anterior— querría —aunque no siempre acierta— vivir dentro de este tercer pueblo o raza, que no desune ni separa; sino que pone en contacto más profundo con los hombres y el mundo de hoy.

Esta fue la intuición del Papa Juan XXIII; pero no ha sido bastante analizada por los católicos.

El documento clave de Roncalli fue la encíclica que dirigió a las misiones, la *Præfatio Pastorum*, que casi nadie comentó. En ella sienta las bases de lo que quiera este tercer hombre, y de lo que pretende ser este tercer pueblo, el de los cristianos de hoy.

Lo primero que recuerda a los misioneros es que no centren su actividad en crear instituciones políticas, culturales, deportivas o educativas de orden profano, porque eso queda para la sociedad civil y para los simples ciudadanos.

La segunda norma que da el Papa es la de superar el proselitismo de grupo, buscando más que el número de adeptos, el preparar a los cristianos «para asumir cada uno su responsabilidad en la vida».

SIGUE



SEA PRECAVIDO



Al pedir un **vestido de verano TERGAL®**
sea precavido!

Si le dicen que es igual que Tergal®,
es que no es Tergal®, sea precavido!

Si le dicen que es Tergal®,
EXIJA LA ETIQUETA



NUMERADA

sea precavido!
Todo lo demás no es Tergal®

EL TERCER PUEBLO

En tercer lugar, Juan XXIII enfoca el problema al revés de como se había hecho hasta ahora: lo primero no es una vida religiosa de culto y devoción, como pretenden los pios de todas las épocas, sino «hombres que honran primero las diversas profesiones y actividades y, luego, por su sólida vida cristiana, a la Iglesia».

Así invertiremos también los términos del problema religioso, y recordaremos que «la profesión de la fe cristiana no puede deducirse de un dato estadístico». ¿Por qué? Porque lo que hoy pretende la Iglesia en el mundo no es obtener el confesionalismo católico en la sociedad, el colegio o el club, sino «modificar al hombre en su profundidad, dando significado a todas sus acciones».

Como decía, en el periódico de Pax Romana, el profesor católico Vincent Buckley: estamos hartos ya del progresismo católico (antes lo estuvimos del integrismo), porque éste —como aquél— pretende volver a ponernos una camisa de fuerza —más elegante y amplia que la del integrismo, pero no por eso menos paralizadora—. Camisa de fuerza que colocan los teólogos avanzados, queriendo sistematizar la espontaneidad de la vida, creando una teología del deporte, de la sexualidad o de las realidades terrenas. ¿Dónde se encuentra esta pretensión en la Biblia, el libro básico de la Revelación? El P. Regamey se indignaba ante esto, porque nunca se encuentra tal empeño en la Biblia. Allí lo único que hallamos es una actitud acogedora con el mundo de la creación, sin reticencias ni temores, sin cortapisas ni «tabús». Y eso —y no lo que se le dé subrepticamente como mercancía legítima— es lo que quiere vivir el cristiano de hoy, como lo quiso vivir el del siglo III; aunque en las centurias intermedias se haya desvirtuado tal punto de mira.

No queremos ni una «Iglesia de las catacumbas», ni una «Iglesia triunfalista», porque ambas se separan del hombre de su tiempo, como ya criticó Pío XII, ante algunos que añoraban la una o la otra (8 diciembre 1947).

No deseamos estar separados de nadie, queremos vivir espontáneamente lo más profundo y constructivo, lo mejor de nuestro propio ser. Así queremos ser morales: no con reglas venidas de fuera; sino con la ley de la vida cristiana, que es sólo la del amor.

PRETIENDEMOS ser libres, radicalmente libres; pero no por eso unos demagogos ni unos disgregadores. «Hombre libre es aquel que se pertenece a sí mismo», decía Santo Tomás, comentando la segunda epístola a los Corintios que escribió San Pablo. Ese es el descubrimiento que estamos haciendo: el que teóricamente hizo Kant hace siglo y medio, y nosotros, por primera vez, estamos viviéndolo dentro de nosotros mismos.

Llamamos «esclavo —como Santo Tomás— a aquel que pertenece a su señor», sea quien sea este señor. Porque sólo «el que obra por sí mismo, obra libremente»; pero «el que recibe el impulso —la iniciativa o la orden— de otro, ese no obra libremente». Como no podremos ser libres los seglares dentro de la estructura rígida que se quiere implantar en la Acción Católica, si sólo pudiéramos seguir las iniciativas y juicios de los obispos: esa sería la muerte de nuestra libertad y de nuestra personalidad.

Consecuente con su idea, llega a decir el revolucionario Tomás de Aquino: «Aquel que evita el mal no porque es un mal, sino en virtud de un precepto del Señor (o dicho con otras palabras: por el solo motivo de estar prohibido), ese no es libre».

Entonces, ¿quién lo es?, ¿y quién es de verdad moral? «El que evita el mal porque es un mal; ese es libre».

El cristianismo fue la primera religión que hizo el descubrimiento de la insobornable intimidad del hombre, de esa realidad íntima, profunda, que, en el lenguaje católico, llamamos caridad o gracia, que es la «que perfecciona interiormente nuestro espíritu», no atenazándolo, forzándolo o frenándolo, sino «comunicándole un dinamismo nuevo, de modo que huya del mal por amor, como si lo mandase la ley divina» (S. Lyonnet S. J., Libertad y Ley Nueva).

Dinamismo que existe en todo hombre de buena voluntad, porque Dios no hace acepción de personas —no prefiere a los de su grupo, como opuestos a los del contrario—, sino que sabe que, en lo esencial, tan cristianos son los cristianos conscientes, como los «cristianos anónimos» (K. Rahner S. J.).

Este tercer pueblo es un pueblo diseminado por el mundo, invisible muchas veces, no porque queramos ocultar nada, sino porque vivimos como cualquier hombre, sintiendo y queriendo lo mismo que él, aunque con un sentido nuevo que quiere ser más profundo.

El tercer hombre —y toda esta nueva raza de hombres— no desprecia la ley religiosa —siempre que no sea puro invento de los hombres—, pero la supera. Está, no contra ella sino sobre ella, igual que pensó San Pablo, y que los organizadores de lo religioso habían olvidado en gran parte en los últimos siglos.

¿Está, entonces, este católico —habrá que preguntarse— fuera del catolicismo? Eso es lo que veremos en el próximo artículo.

E. M. M.



otra etiqueta negra
de
Bobadilla

